
CONFERENCIAS

POPULISMO EN AMERICA LATINA *

HANS JÜRGEN PUHLE

Se habla mucho de populismo, pero parece que muy pocos saben lo que es, o podría ser, el populismo. Por ello, podría decirse que es un fenómeno de moda en Europa. Actualmente se trata el fenómeno del populismo, particularmente en Alemania, con connotaciones positivas, en el contexto del movimiento verde. Y también, un vez más, en EE.UU.

No ha sido así siempre. Encontramos un fenómeno similar en América Latina. Hoy, por ejemplo, en Brasil, se habla del populismo con connotaciones negativas de demagogia, etc. Similar es el caso de México, cuando nos referimos a la valorización de los sectores oficiales. En los años 50 y 60, en toda América Latina, el populismo tenía connotaciones más positivas, caracterizando movimientos populares con bases diferentes, más a la izquierda que los radicales y menos que los marxistas. Estos movimientos a veces se llamaban socialdemócratas.

¿Qué tienen en común? ¿Es el populismo una categoría valiosa que nos facilite las distinciones y el análisis? ¿O es más bien una palabra retórica? Para contestar estas preguntas tenemos, en primer lugar, que investigar el populismo en su perspectiva histórica, por ser ésta más global o universal, y, en segundo lugar, es necesario comparar los distintos movimientos.

A. *Primer Mundo*

- I Rasgos generales del populismo.
- II Ejemplos Históricos.

B. *Tercer Mundo*

- III El Populismo en el Tercer Mundo.
- IV Los casos latinoamericanos.

HANS JÜRGEN PUHLE, Doctor en Historia y Ciencia Política, es profesor de la Universidad de Bielefeld, República Federal de Alemania.

* Esta conferencia fue dictada por el profesor Puhle en el Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica, en agosto de 1986. En la edición de la misma se ha mantenido, en cierta forma, el estilo coloquial del autor.

A. PRIMER MUNDO

I. Rasgos generales del populismo

El concepto es impreciso e impresionista. Los lectores de los periódicos intelectuales, incluso algunos políticos, pretenden comprender algo de lo que significa cuando se dice que en toda Europa ronda un nuevo "populismo", o que el movimiento obrero en Polonia, o el movimiento por la paz tienen *rasgos populistas*. Sin embargo, lo aludido permanece difuso. Evidentemente, es difícil definir el concepto. Los movimientos llamados "populistas", sus ideologías, sus formas de agitación y sus figuras líderes pueden clasificarse en el espectro político tanto de "derecha" como de "izquierda"; pueden ser conservadores, o progresistas, o ambos a la vez; pueden conservar o reformar; ocasionalmente hasta quieren revolucionar; pueden provenir de las ciudades o del campo.

Con el propósito de delimitar el problema, pueden señalarse líneas generales de una definición primera para los populismos del primer mundo: las corrientes y los movimientos que se llaman "populistas" se dirigen y apelan al "pueblo", en contraposición a las elites, especialmente a la "gente simple" y no a determinadas clases, grupos profesionales o intereses. Por consiguiente, estos son movimientos que trascienden las clases, son antielitistas, están contra el llamado "establishment". Incluso sus líderes intelectuales pretenden con frecuencia ser antiintelectuales, son antiliberales y antiurbanos, actuando como misioneros en favor de los "desposeídos". A menudo no se dispone de un programa político comprensivo y concreto, pero sí de un fuerte compromiso moral a partir de unos pocos puntos programáticos.

Los populistas ven amenazado el bienestar de la "gente simple" (sin definir específicamente este concepto) por las grandes organizaciones y corporaciones de la economía y de la política, en fábricas, grandes bancos, agrupaciones industriales y trusts, en las burocracias estatales y privadas, los aparatos de los partidos, los parlamentos y otros agentes intermediarios entre *pueblo y gobierno*. Prefieren la *relación directa* e inmediata entre ambos y, por consiguiente, a menudo no forman partidos de organización rigurosa sino que permanecen siendo "movimientos" relativamente sueltos, con bajo grado de institucionalización. La característica más importante de estas instituciones es su pluriclasismo. Siempre son movimientos pluriclasistas.

Defienden a los pequeños contra los "grandes" y contra lo que llaman el "sistema". Su idea de la sociedad es dicotómica y la imagen del pueblo es bien concreta aunque puede cambiar según las circunstancias. La gente simple —según ellos— tiene no sólo la mayoría sino, también, la moral de su parte. Para los populistas, la historia es esencialmente una historia de conjuraciones contra la clase popular, esto es, usurpación ilegítima del poder y un proceso de decadencia y corrupción. Muchas veces las antiguas condiciones sociales en el campo son románticamente trans-

figuradas, y se niega la necesidad de la división del trabajo en una sociedad como organización disciplinada.

El ideal populista es el pequeño asentamiento comunitario o de familia, sea la granja familiar americana, el pequeño rancho o diferentes tipos de cooperativa semejante al mir ruso, al ejido mexicano o a la comuna popular china. Los populistas pueden estar tanto a favor del capitalismo o en contra de él; a favor de la industria o en contra de ella; generalmente apoyan a la pequeña empresa propia, a los pequeños bancos y están en contra de los grandes, particularmente los extranjeros. Sus reivindicaciones pueden ser, pero no necesariamente tienen que ser, compatibles con principios socialistas. Su relación con el Estado es complicada y ambigua. Por un lado, quieren que el Estado sea lo suficientemente fuerte, como para ser capaz de proteger el "bien común" del pueblo contra el abuso de las grandes corporaciones, de los intereses organizados y de las asociaciones y burocracias de todo tipo. Por el otro, el Estado no debe formar estructuras organizadas y, en lo posible, debe pasar inadvertido por los ciudadanos. Lo trágico de una aplicación consecuente de políticas populistas es que casi siempre han sido los populistas quienes han contribuido en mayor medida a fortalecer el poder del Estado más allá de lo que sus iniciadores han considerado deseable o prudente.

Las definiciones a las cuales hemos llegado a través de la comparación de los numerosos grupos denominados "populismos" parecieran ser algo generales y de ninguna manera completas. Pero quizás ayuden a señalar tipológicamente de qué especie de corrientes y movimientos se trata. Son movimientos de base sin un carácter específico de clase, pues son pluriclasistas, pero con apoyo de masas y con un grado de organización relativamente bajo; además, quieren promover cambios políticos y sociales en una dirección determinada. Los conservadores o los liberales de derecha y los defensores del statu quo no pertenecen a los "populistas". Tampoco pertenecen a ellos los bien definidos partidos de clase obrera. Los "populistas" se mueven entre estos dos ámbitos.

II. *Ejemplos históricos*

Dentro del contexto del primer mundo se ha acostumbrado reservar la palabra "populista" para aquellos movimientos y aspiraciones que, en la manera señalada, han reaccionado a las innovaciones de la modernización y, particularmente, a la revolución industrial en los países desarrollados y al imperialismo moderno de los países industriales que siguió a ese fenómeno. Puedo limitarme entonces, en general, a la época que comprende el último cuarto del siglo XIX y todo el presente siglo, o sea, los últimos cien años.

Las líneas tradicionales dominantes del nuevo populismo —prescindiendo de algunas instituciones locales, tales como las asambleas populares en Suiza o las comunidades indígenas en América Latina— nos hacen remontar esencialmente a tres raíces: (1) el movimiento populista en

EE.UU. en los tres decenios antes de fin del siglo; (2) el populismo ruso que florecía más o menos al mismo tiempo, el "narodnicestvo"; (3) el concepto de la democracia directa y sin intermediarios, en contraste con la representativa y parlamentaria proveniente de la Revolución Francesa, elemento vivo sobre todo en la tradición de la izquierda socialista europea durante los siglos XIX y XX, tanto de los anarquistas como de los marxistas.

Las dos grandes corrientes mencionadas en primer lugar, los populistas americanos y las narodniki rusos, no tienen nada en común y son muy diferentes. Aún se podría poner en duda si ha sido realmente correcta la decisión de traducir a la mayoría de las lenguas occidentales la palabra "narodnik" como "populista", sugiriendo con esto una aproximación de conceptos que en la realidad no existía. El movimiento populista en los EE.UU. fue un vigoroso movimiento social y político de gran influencia y con apoyo de masas, cuyas aspiraciones —aunque mediatas, a veces dilatadas y por vía indirecta— han impregnado y —hasta cierto punto— estructurado la realidad política y social de los EE.UU. durante gran parte del siglo XX. En cambio el "narodnicestvo" ruso, fue, en gran parte, un concepto de intelectuales y escritores que no provocaba ningún movimiento popular, pero generó, en un país subdesarrollado, una ideología con fuerza duradera, fortalecida aún más por la exhaustiva crítica que Lenin hizo de ésta. Estas son las dos corrientes importantes en nuestro contexto.

1. El populismo en los EE.UU.

Los movimientos populistas norteamericanos fueron movimientos de protesta del campo contra las crecientes tendencias de organización de todos los ámbitos políticos y sociales, desde el comienzo de la alta industrialización y el fin de la reconstrucción después de la Guerra Civil norteamericana. Estos movimientos se formaron de manera creciente desde 1867, en contra de la superioridad política de las grandes ciudades, de los monopolios y compañías ferroviarias, de los bancos y trusts; estaban en contra de las ganancias de los intermediarios y la política monetaria deflacionista del gobierno bajo el signo del standard de oro. Estos movimientos articulaban los intereses de los granjeros, sobre todo los del sur y del medioeste, que aspiraban a créditos y tarifas ferroviarias más baratas y a precios más altos para sus productos principales. Exigían la reimplantación de los viejos ideales americanos de la "democracia agraria" en el sentido de Jefferson y Jackson, que —hasta cierto punto— confundieron con la realidad.

"Democracia agraria" significa la democracia de los "grass roots"; la democracia directa, inmediata, participativa, que tiene sus centros en las pequeñas comunidades de una sociedad relativamente homogénea compuesta por familias granjeras y de pioneros, los que por falta de tradiciones corporativas y estamentales no eran campesinos en el sentido europeo

tradicional, sino propietarios —a veces pequeños propietarios— capitalistas que operaban sus granjas en conformidad con las leyes del mercado. Las funciones de orden del poder del Estado, inexistentes o ineficaces desde arriba, fueron sustituidas por la participación desde abajo. Vamos a ver que en el Tercer Mundo este mecanismo generalmente funciona al revés. Desde la época colonial, la democracia directa ha constituido, junto con los componentes representativos en el sistema de gobierno norteamericano, una de las dos principales corrientes tradicionales de la cultura política de los EE.UU. A partir de 1830, estaba íntimamente ligada con la retórica igualitaria del “common man”, del “hombre sencillo” o del “hombre pequeño”, retórica que se opone a los intereses particulares organizados.

La creciente organización del capitalismo industrial a veces ha puesto en segundo plano este concepto. Sin embargo, ha renacido vigorosamente, no sólo en épocas pasadas de crisis, como en el movimiento de los populistas de fines del siglo, o en el programa del “New-Deal” de Roosevelt para luchar contra la Gran Depresión. También ha estado presente, de modo constante, por ejemplo, en las instituciones de la administración municipal y de las escuelas, en la autoadministración de programas privados y estatales de ayuda social, en los programas de construcción de viviendas y de saneamiento urbano, en numerosos proyectos de ayuda comunitaria y de vecinos y, también recientemente, en el movimiento por los derechos civiles y en la “lucha contra la pobreza”. Entre los más importantes objetivos populistas en cuanto a la política general, encontramos, por ejemplo, la elección directa de los senadores, las primarias, el sufragio femenino, el “recall”, la posibilidad de destituir a los funcionarios en pleno período de elección, iniciativa y referéndum popular y el impuesto progresivo sobre la renta. (La “Farmer’s Alliance”, el grupo populista que predominaba en los años 80, exigía, además del desarrollo de la organización cooperativa de mercado y crédito, la creación de cajas de ahorro postales, la disminución de los impuestos y la intervención del Estado en los precios agrícolas). El partido político que seguía estos principios, “People’s Party” o “Populist Party” fundado en 1891/1892, se convirtió en el tercer partido más influyente al lado del Partido Republicano y del Partido Demócrata. Ocasionalmente, pudo conquistar algunos estados del sur y medio-oeste.

Los populistas perdieron las elecciones presidenciales de 1892 y de 1896. Los grupos populistas decrecieron paulatinamente hacia fines del siglo, sobre todo porque el potencial de protesta de los “farmers” se redujo durante la coyuntura favorable entre 1897 y 1920. Sin embargo, las reivindicaciones concretas de los populistas seguían y casi todas fueron satisfechas durante el siglo XX. La mayoría de ellas, ya antes de 1920, fueron incluidas en los programas de los grandes partidos, particularmente por los llamados grupos “progresistas” de los mismos. Particularmente, se organizó un extenso sistema de intervencionismo agrario por parte del gobierno desde fines de los años 20. En especial con el “New Deal” de

Roosevelt, después de 1933, este intervencionismo agrario persiste hasta hoy día. En vista del cumplimiento de las aspiraciones específicas y de la defensa de determinados intereses, los populistas han sido uno de los movimientos políticos de más éxito en los EE.UU.

Sin embargo, la realización de estos objetivos y metas ha favorecido la tendencia a crear un "Estado fuerte" y a formar una burocracia central, instituciones que no existían antes de la implantación de ideas populistas, especialmente en el ámbito de la política agraria y de los programas sociales y de construcción. Franklin Roosevelt y Lyndon Johnson, propiciadores de la formación de un mecanismo fuerte de intervención estatal, apelaron a la tradición populista tanto como sus seguidores y adversarios ideológicos, Jimmy Carter y Ronald Reagan. George Mc Govern, fracasado liberal de izquierda, candidato a la presidencia por el Partido Demócrata en el año 1972, fue, entre otros, un populista en la tradición de la "grass roots democracy" de los cultivadores de trigo del mediooeste. George Wallace, ex gobernador de Alabama, también es ubicado en la tradición populista de fines de siglo propia de los Estados del Sur, en lo que respecta a su retórica, su programa, su llamado a la "gente pequeña" y su segregacionismo, acompañado de un cuidadoso paternalismo frente a los granjeros más pobres.

Los populistas norteamericanos tenían el típico rostro del Jano populista: podían ser provincianos autoritarios, sectarios, fundamentalistas, a veces antisemitas y, al mismo tiempo, reformistas sociales, progresistas y demócratas de base. Pero no fueron ni revolucionarios sociales, ni socialdemócratas. No se opusieron al capitalismo como tal, sino solamente a lo que consideraron como injusticias de la avanzada organización del capitalismo sobre la base de intereses corporativos y privados que favorecían a la industria y al "big business". Los "farmers" eran empresarios capitalistas, pero frente a la industria eran los empresarios pequeños. El populismo americano fue el intento de una rebelión de pequeños y medianos empresarios contra los más grandes. Como tal, la rebelión fracasó, pero logró tener éxito a largo plazo, en la forma de una constante política de reformas. Y en este proceso, no les inspiraba tampoco el pensar en los intereses de los más débiles y dependientes, en los desposeídos, porque éstos no estaban organizados.

La ideología populista se dirigió fundamentalmente hacia atrás. El propietario o el empresario individual, independientemente de las características y del tamaño de su empresa y de los movimientos de la coyuntura, debía recobrar su libertad económica y su derecho a la ganancia, los cuáles le habían sido usurpados por la creciente concentración, la organización y la complejidad de la economía. Los medios que se utilizaron para ello terminaron contra las intenciones de los iniciadores, por preparar el camino hacia el "Big Government", hacia el "Estado fuerte" e, irónicamente, concluyeron por fortalecer, por medio de los mecanismos del mercado, a los más grandes y los mejor organizados.

2. Los *narodniki* rusos

Los populistas rusos, los "narodniki", no representaban un movimiento amplio. Intelectuales de ciudad, que esperaban románticamente la salvación desde el campo, de los campesinos y de la vida sencilla agraria y tradicional, formularon un concepto de protesta contra los cambios que el capitalismo industrial había provocado en Rusia. Aunque también aquí la provincia se opuso a la gran ciudad y se apelaba al "hombre sencillo", todo era muy distinto de los EE.UU. El impulso inicial se dirigió no sólo contra las conquistas de la Ilustración y del llamado "Occidentalismo", sino que también se opuso al capitalismo en su totalidad. Los populistas rusos querían involucrar aún más el proceso del desarrollo histórico y hacer renacer, en cambio, las tradiciones arcaicas de la vieja sociedad agraria de la que esperaban la armonización natural de los intereses. Ante todo, se referían a las tradiciones comunitarias y cooperativistas que debían ser restauradas a partir de una profunda reforma agraria y social, pero no mencionaban explícitamente la servidumbre campesina. Su figura ideal no era el pequeño productor capitalista, sino el campesino ruso tradicional. No se citaba a Jefferson, sino a Rousseau, Herder y Adam Muller, los padres de la ideología agraria del romanticismo en Europa. En sus campañas de propaganda, que se realizaban desde mediados de los años 70, los propagandistas intelectuales urbanos explicaron a los ignorantes campesinos todo lo que se esperaba de ellos. Un típico fenómeno "tercermundista".

Si el populismo en Norteamérica era relativamente moderado en sus rasgos tanto provincianos como progresistas, justamente porque se colocaba dentro del consenso fundamental capitalista de la sociedad, el "narodnivstvo" ruso procedía en forma distinta: el concepto de los populistas rusos era, por un lado, románticamente reaccionario y, por el otro, poseía una fuerza explosiva dirigiéndose hacia el futuro. En esto los intelectuales se separaban del "establishment" económico y político e iniciaban un movimiento de protesta que combatía al mismo tiempo al capitalismo y al sistema político zarista.

Esta constelación podía servir como punto de partida tanto para los anarquistas como para los socialistas. El derrocamiento del Estado y la reestructuración de la sociedad alrededor de pequeñas y sencillas cooperativas de iguales, como lo había concebido Bakunin, se remonta también a las ideas de los "narodniki". Muchos socialdemócratas rusos valoraron a los populistas o consideraron que éstos eran algo así como precursores democráticos. Incluso Lenin definió en 1912 al movimiento populista de los ideólogos como importante "complemento de la democracia", una combinación de reforma agraria con los sueños socialistas y esperanzas de poder evitar el camino capitalista.

Esta caracterización podría corresponder también a una serie de esfuerzos denominados "populistas" en el Tercer Mundo del siglo XX. Aquí se hace evidente que Rusia era, antes de 1917, un país subdesarrollado cu-

yos problemas pueden compararse estructuralmente con los de los actuales países en desarrollo. Así como para los actuales países del Tercer Mundo no ha sido el marxismo original el que les ha parecido atractivo, sino su adaptación a las necesidades de los países subdesarrollados, orientados por el ejemplo ruso en la forma del leninismo, también se encuentran rasgos del narodnicestvo ruso en las concepciones y en los movimientos llamados populistas en los actuales países en desarrollo. Esto toca particularmente a la íntima relación entre populismo y nacionalismo y la instrumentalización de ambos para contribuir a la búsqueda de nuevos caminos de desarrollo adaptados a sus respectivas necesidades. El capitalismo que los "narodniki" repudiaban era el capitalismo importado de los países desarrollados. En el fondo, era el imperialismo contra el cual necesitaban fortalecer y unificar la nación ideológicamente. En un país subdesarrollado, carente de una burguesía fuerte y de un movimiento obrero masivo, son el nacionalismo y el populismo quienes pueden generar la base social más amplia necesaria para la lucha antiimperialista.

No puedo referirme aquí a los movimientos campesinos de la Europa Oriental y de los Balcanes en la primera mitad del siglo XX, que hasta cierto punto habían adoptado pautas sociales e ideológicas del populismo ruso (peasantism), y tampoco a los 'pequeños' fascismos de estos países, que también han demostrado algunos rasgos similares, p.e. en cuanto a la legitimación del líder carismático a través de referencias cesaristas o bonapartistas, a la eliminación de corporaciones representativas intermediarias. Tenemos que considerar la relativa frecuencia de figuras carismáticas entre los populistas, y entre ellas también la presencia de mujeres. Esto se debe a la ausencia de criterios de legitimación "duros" y al carácter, en principio, débil de un movimiento de protesta.

3. La democracia directa

Desde el comienzo, las tradiciones de la democracia directa en los EE.UU. han sido integradas al sistema político, que es un sistema mixto. Esto no ha sido así en Europa, con excepción de algunos cantones suizos. Aquí las concepciones de democracia directa en la tradición de los consejos militares radicales de Cromwell, de la imagen de la vieja Esparta venerada por Rousseau y de los consejos de sección de la gran Revolución Francesa y la Comuna de París, en general, se han considerado como antítesis o alternativas al parlamentarismo de cuño inglés. De este modo, se creó la impresión de una incompatibilidad entre los conceptos de la democracia directa y de consejos, por un lado, y la democracia parlamentaria, por el otro.

Mientras la línea dominante del desarrollo en la mayoría de los países de Europa Occidental se ha dirigido hacia la democracia parlamentaria, las aspiraciones a la democracia directa quedaron, preponderantemente, en el catálogo de los perdedores. Esto vale para el movimiento obrero y para la izquierda socialista, pero también para todos los demás movi-

mientos de protesta y emancipación desde abajo, que se llamaron o se llaman populistas.

Con excepción de los EE.UU., la mayoría de los movimientos populistas han seguido en sus concepciones de democracia directa y participativa de base, de una u otra manera, la sistematización que han llevado a cabo, desde el siglo XIX, los grupos de la izquierda socialista, los anarquistas y los marxistas. Esto se ve, por ejemplo, en el caso de los revolucionarios alemanes de 1918 y de la llamada oposición extraparlamentaria de 1968.

El caso típico, ideal de esta forma de democracia directa es la democracia de consejos (soviets). Los consejos deben ser —según la regla— al mismo tiempo órganos de dominación y de control, de socialización de la educación, de lucha y de gestión económica, particularmente en la etapa de transición a la estabilización posrevolucionaria. Están entrelazados entre sí, en forma cooperativa y federativa. En contraposición a los principios parlamentarios, sus rasgos principales son la concentración del poder, el mandato imperativo, la posibilidad de revocación de los delegados, la permanencia del control, publicidad total, rotación de los miembros y funcionarios. Aspiran a la sustitución de la burocracia por medio de un control popular, comunitario y directo. Su composición social debería ser tan homogénea como fuera posible, lo que podría hacer superflua toda representación de intereses particulares en forma de partidos o grupos de presión. En estos consejos, en un caso ideal, habría que argumentar hasta que cada uno de sus miembros estuviera convencido y en acuerdo con todos, de manera que se podrían aprobar resoluciones por unanimidad. Encontramos este principio en los teóricos anarquistas en la época de la Guerra Civil española, en Herbert Marcuse y en otros representantes de la escuela de Frankfurt.

No es aquí el lugar apropiado para describir y criticar este concepto en detalle. Quizá con la excepción de la Guerra Civil española, tales consejos pocas veces han funcionado de modo duradero allí donde se han intentado hasta ahora. En general, rápidamente han sido mediatizados, distorsionados, eliminados por fracciones e intereses particulares que sabían manejar los instrumentos del poder. El caso más típico es el de Lenin, que por un tiempo fue uno de sus teóricos circunstanciales. Probablemente, los consejos, por razones de su estructura misma, no son capaces de resistir a las presiones de los intereses organizados.

Para no ser mal interpretado, debo decir que la democracia de consejos no es populista, en todo caso, ni lo es en la mayoría de las veces. Pero los populistas han propagado algunos principios de la democracia directa que provenían del arsenal de consejos de la democracia. Por eso deben ser mencionados aquí.

Algunos han señalado al *maoísmo chino* y la Nicaragua sandinista como movimientos populistas. Yo no estoy de acuerdo, aunque comprendo la tentación de hacerlo. El maoísmo se halla claramente en la tradición de los movimientos comunistas marxista-leninistas. Esto se refiere particular-

mente a las motivaciones de fundamentales puntos del programa y de la construcción del partido y del ejército. Indudablemente, el Partido Comunista chino, a diferencia de la mayoría de los otros partidos comunistas, está concebido expresamente como un partido policlasista, que normalmente puede ser un indicio populista. Hay que añadir las relaciones ideológicas con viejas tradiciones chinas, la marcada prioridad de la educación y del trabajo de persuasión y, sobre todo, determinadas formas de organización de la producción y de la vida social, particularmente la legendaria comuna popular, que han contribuido al hecho que, en los últimos decenios cuando estaba de moda, el maoísmo pudo parecer atractivo para cierto tipo de gente que antes, quizás, hubiera sido anarquista o "narodnik", populista en el sentido ruso.

B. TERCER MUNDO

III. *El populismo en el Tercer Mundo*

En el Tercer Mundo, en general, los populismos han tenido funciones diferentes de las que han desempeñado en el Primer Mundo: Aquí no se dirigen tanto contra las grandes organizaciones corporativistas, sino que contribuyen a crearlas. No tratan tanto de corregir un proceso que —según ellos— se ha desviado, sino que tratan de iniciar los comienzos de un proceso de desarrollo. Entonces son, en cuanto a su clasificación política, en general, casi unánimemente progresistas e —con intensidad diferente— izquierdistas. Por estas razones son mucho menos ambiguos que los populismos del Primer Mundo, que hemos analizado antes.

En los países en desarrollo, los populismos representan un tipo muy particular. En general, están estrechamente ligados con los nacionalismos antiimperialistas y con los nacional —o social— revolucionarios o con los reformistas radicales, cuya meta está orientada hacia el desarrollo. Esto tienen en común con los populistas rusos del siglo XIX, y, a veces, con algunos socialistas del Tercer Mundo. Pero se diferencian tanto de los populistas norteamericanos como de los actuales movimientos de protesta europeos, que, en general, querían o quieren corregir un desarrollo desviado.

Quien aspira a un desarrollo duradero en los países del Tercer Mundo y quiera disminuir su dependencia política y económica, tiene que movilizar los respectivos recursos sociales y políticos y, en lo posible, tratar de construir una amplia coalición para imponer esta política orientada hacia el desarrollo. Para lograr esto se ofrece una retórica y una ideología nacionalista. El nacionalismo puede fortalecer la integración nacional dentro del país, en su forma antiimperialista y, además, es capaz de consolidar los diferentes grupos y capas internos contra el exterior, tendiendo a negar los conflictos y tensiones y justificando la exigencia de "sacrificios". No se refiere a distintas clases, sino a las masas, al "pueblo".

Este nacionalismo muestra en su ideología y propaganda un gran componente de rasgos populistas, que es aún más acentuado por la enemistad con las viejas oligarquías establecidas, el carácter "catch-all" del partido nacionalista en todas las regiones del país y en todos los sectores sociales, productivos y de grupos etarios. Se suma a esto el gran potencial de movilización, las atractivas organizaciones cooperativas y los intentos de legitimación de líderes carismáticos mediante mecanismos de redistribución o de distribución acelerada, o por la movilización y el control de las masas, al mismo tiempo.

En este sentido, por ejemplo, se llama populista al partido del Congreso hindú; en Africa negra se llamaron así los sistemas de Nkrumah en Ghana, de Kenyatta en Kenia y de Nyerere en Tanganyika.

IV. *Los casos latinoamericanos*

En América Latina numerosos partidos políticos se llaman o se hacen llamar "populistas". No sé si esto se debe a la relativa proximidad de los EE.UU. y su influencia terminológica, o al conocimiento de la obra de Lenin entre los intelectuales latinoamericanos.

Aquí también hay que diferenciar entre, primero, las meras técnicas populistas, los mecanismos y rasgos populistas, que pueden ser utilizados por cualquier partido o grupo político, sea de derecha o sea de izquierda; y segundo, los movimientos y programas populistas, el populismo como una orientación política relativamente bien delimitada. Yo quisiera referirme solamente al segundo problema: al populismo como movimiento programático, al cual, en la mayoría de los países latinoamericanos, ha correspondido un papel importante dentro de una etapa delimitada de los procesos de modernización en el siglo XX.

Aún cuando interpretemos el concepto en forma estrecha, y sin contar con los "radicales" reformistas, que desde los años 20 iniciaron en Argentina y Chile y en otra forma, ya antes, en el Uruguay, una política de desarrollo intervencionista estatal, pero con escasa base de masas y, segundo, con los partidos de izquierda con delimitada base de clase, existen pocos países en América latina que no hayan producido un movimiento populista.

Según la notoria definición de Torcuato di Tella, aquí se habla de populismo cuando elites de la "clase media" o de la "*burguesía local*" (que no pertenecen a la oligarquía tradicional) tratan de movilizar a las masas que están por debajo de la clase media, por ejemplo, obreros, pequeños empleados, campesinos y marginados, mediante una ideología antistatuto, nacionalista y antiimperialista, aspirando a cambios que tendrían que producirse por vías reformistas o revolucionarias (a veces se llaman "nacional-revolucionarios"). *Los populistas*, en cuanto a la política intervencionista del Estado en el campo del fomento industrial y de la educación, son los *sucesores de los radicales*, que les han precedido. Además son partidarios de una reforma agraria profunda. Esta es su característica

más importante en la mayoría de los casos. Hay excepciones notables. También aspiran a la formación de cooperativas agropecuarias, a una política social en favor de los obreros y de las clases bajas, al fomento de la industria local que sustituya a las importaciones y a una economía mixta. A veces también están en favor de la nacionalización de la banca. Los movimientos populistas latinoamericanos —con importantes excepciones— han arraigado preponderantemente en las masas urbanas, a las que han ofrecido nuevas oportunidades y canales de participación. Han movilizad o a nuevas capas del electorado. A ellos se debe la proliferación del sufragio hasta por encima del 50% de la población, la cual tuvo lugar durante el período llamado populista entre 1920 y 1965, y con un considerable impacto en la mayoría de los países.

Más allá de estas constataciones más generales, las similitudes no parecen ser impresionantes. Los movimientos populistas son muy diferentes con respecto a sus bases sociales, a sus canales de movilización y a sus técnicas políticas de interacción. Si dejamos al lado los detalles, podemos, en grandes rasgos, diferenciar entre cuatro grupos:

En primer lugar, tenemos los sistemas de estabilización *posrevolucionaria* que abarcan todos los sectores sociales y de la producción. Aquí encontramos al PRI, el partido mexicano de la “revolución institucional”, y al MNR boliviano después de 1952; pero también al movimiento castrista en Cuba en su primera fase, antes de convertirse en leninista en 1960, y actualmente al Movimiento Sandinista en Nicaragua.

En segundo lugar, hay que mencionar las exitosas dictaduras desarrollistas populistas y autoritarias, que a veces se han clasificado como algo parecido al fascismo, pero que no fueron fascistas: el peronismo en Argentina y el régimen de Vargas en Brasil. Ambas esencialmente movilizaron y se apoyaron en la clase obrera urbana; sus principales organizaciones de movilización y de transmisión fueron los sindicatos. Ellos trataron de legitimarse antes que nada por una política de distribución, que era fácil de realizar durante y después de la Segunda Guerra Mundial.

En tercer lugar tenemos el grupo de partidos reformistas *democráticos* más antiguos que, a veces, se llaman socialdemócratas o socialistas democráticos y que han establecido una amplia tradición de política de desarrollo no autoritaria con respaldo popular. Menciono solamente el APRA de Haya de la Torre en el Perú, Acción Democrática en Venezuela, el Partido de Liberación Nacional de Figueres en Costa Rica y el Partido Revolucionario de Bosch en la República Dominicana. También el grupo de Arévalo y Arbenz en Guatemala, ciertos sectores liberales de izquierda alrededor de López Michelsen en Colombia y el movimiento del carismático de Omar Torrijos en Panamá pueden contarse bajo este tipo, así como el gobierno de la Unidad Popular en Chile. El régimen de los militares en el Perú constituye una variante no democrática. Estas formaciones, en general, se apoyan en la clase obrera, en empleados y campesinos en proporciones distintas. Es la mezcla que caracteriza el movimiento particular.

Una política semejante realizaron los más recientes grupos de un cuarto tipo, los *democratacristianos*, sobre todo en Chile, en Venezuela y en algunos países de América Central, como El Salvador y Guatemala. Próximo a ellos encontramos al partido de Belaúnde en el Perú. Se diferencian de los más viejos y ya "clásicos" grupos populistas, particularmente por el hecho que se dirigen y tratan de movilizar, a veces con mucho éxito, a la población marginal desocupada de las grandes ciudades.

Se nota que hay variedades de lo que en el contexto latinoamericano se llama "populismo". Frente a estas variedades, una definición formal, que sólo se orienta en las maneras de formar coaliciones y de intervenir en el proceso político, ciertamente debería tener sus desventajas. Hay que preguntar también cuáles han sido y son las funciones del populismo.

Algunos autores, particularmente marxistas, han intentado caracterizar el populismo en América Latina como un fenómeno de una determinada época, en la cual prevalecían específicas estrategias de desarrollo inspiradas en las teorías de modernización, durante la cual se consolidaron los mercados internos (Cardoso, Faletto) y se agravaron las contradicciones entre la economía dependiente y la sociedad nacional (Ianni). Según la interpretación de Ernesto Laclau, inspirada en Gramsci, el populismo es, en primer lugar, y sobre todo, una táctica refinada de la clase dominante que tiene como meta mantener su hegemonía, que sólo puede conservar en la medida en que movilice el "pueblo", la gente, y se desprenda de la coalición dominante oligárquica y petrificada del pasado, construyendo una estrategia de la transición que en algún momento dado debía hacerse superflua con el advenimiento del socialismo. En esta interpretación hay quizá algo de verdad. Sin embargo, me parece demasiado teológica y no hace justicia a los esfuerzos innegables de reforma, de desarrollo y de estabilización que han mostrado los populismos latinoamericanos.

Los populismos de América Latina —a pesar de sus variedades— tienen mucho en común. Constituyen una estrategia de desarrollo y de modernización, reformista o posrevolucionaria que ha desempeñado una función importante en la historia de los países latinoamericanos de nuestro siglo. Esto les separa de uno de los casos "clásicos", el de EE.UU., pero les liga, hasta cierto punto, al otro, el de Rusia. Algunos de los movimientos populistas en América Latina, por vías diferentes han adaptado mezclas diversas de las técnicas de la democracia directa, sea plebiscitaria o de consejos, en la tradición de la Revolución Francesa.

Los populismos latinoamericanos constituyen una estrategia de modernización *ya avanzada*. En la mayoría de los casos, en los países más grandes, más desarrollados, más urbanizados pueden contar con las conquistas ya realizadas por el radicalismo que los precedía. Por eso, y por el hecho que muchos problemas han quedado sin solución, el Estado tiene un *papel crucial* también para los populistas, aunque a veces puedan movilizar más energías cooperativistas o comunitarias que sus predecesores radicales. La política populista entonces básicamente ha sido y sigue siendo una

política de modernización (o por lo menos modernización tentativa) *desde arriba*. Los populistas en América Latina, y en el Tercer Mundo en general, han tratado, como todos los "latecomers" (los que llegaron tarde) en el proceso de modernización, de sustituir a las energías innovadoras desde abajo no existentes o demasiado débiles, por estrategias políticas y económicas iniciadas desde arriba.

Aquí tenemos una diferencia de categoría si comparamos estos populismos con el populismo del Primer Mundo, sea EE.UU. o Europa Occidental en la actualidad.

Estas estrategias pueden tener sus limitaciones, pero esto no distingue tanto los conceptos populistas de otras estrategias comparables. Hasta cierto punto han sido capaces de reformas o estabilización posrevolucionaria, a veces durante períodos sorprendentemente largos y con cierta continuidad.

No sé si los movimientos populistas en la actualidad y en el futuro serán capaces de ofrecer soluciones inteligentes a los problemas críticos de los años 70 y 80. Algunos que han vivido su gran momento antes, como Liberación Nacional de Costa Rica, por ejemplo, parece que tienen problemas para reajustarse, reformarse y reestructurarse, porque sus instrumentos clásicos, que han sido adecuados para los problemas de los 50 y tal vez los 60, no corresponden a los requerimientos de la crisis de hoy.

Por el otro lado, no parece que se haya terminado la época de los populismos en América Latina porque, aparentemente siguen siendo bastante atractivos. Un ejemplo muy interesante lo constituyen algunos países, digamos en transición; el Perú, después del fracaso de los militares reformistas, ha vuelto primero a los demócratacristianos y finalmente al APRA, uno de los "clásicos". Hay rasgos similares también en otros países después de la caída de los regímenes burocrático autoritarios del nuevo tipo. Los brasileños han vuelto a una versión reformada de la línea democrática dentro de la tradición vanguardista, a pesar de las connotaciones negativas en el uso oficial de la palabra 'populismo'. Los bolivianos han vuelto al MNR, o mejor, a dos MNR.

En el Uruguay, actualmente, casi todos los partidos y todas las listas se han pronunciado en favor de algo como el "socialismo democrático", sea lo que sea que entiendan por este lema. Yo lo interpreto como una cierta nostalgia por el populismo en un país que todavía, como parece, no ha tenido un gobierno populista, porque, entre otras cosas, las reformas batllistas de tipo estructuralmente radical (i.e. pre-populista) han sido tan profundas que han servido por mucho tiempo para solucionar los problemas del país y que han entrado en crisis no antes de los años 60.

En la Argentina, me parece que el radicalismo posperonista, sin hablar del llamado 'alfonsinismo', no puede ser el mismo de antes. Su punto de partida tiene que ser la sociedad argentina después de la experiencia peronista que la ha cambiado en su estructura. Y por eso es casi necesario integrar nuevos rasgos de tipo populista en el radicalismo, ya que no puede seguir como el de entonces. Aquí en Chile, muchos me han hablado, en

estos días, de las características populistas de una transición hacia la democracia posible en el futuro. Y también en México, ya antes que Carlos Monsivais, en los días del terremoto de 1985, descubriera de nuevo la "sociedad civil" como actor en la escena social, se pudo notar en algunos ámbitos intelectuales una cierta nostalgia por el populismo, o por lo menos un aumento de elementos populistas en la política, a pesar de (o tal vez, con motivo de) los ataques oficiales al populismo de los sexenios anteriores, el que fue calificado como demagogia irresponsable.

Hasta cierto punto parece que se ven las respuestas populistas como correctivos del proceso adelantado de la institucionalización y como remedio para las deficiencias del sistema, que se han desarrollado en más de medio siglo de institucionalización.

Y parece que otra vez se puede plantear la alternativa entre un populismo democrático de energías populares desde abajo, y un populismo autoritario, que trata de canalizar las energías movilizadas desde arriba.

La primera vez, en los días de Carranza y después en los años 20, los mexicanos se decidieron en favor del segundo, adoptando al mismo tiempo estrategias ingenuas de movilización de las masas y control de las masas.

Sin embargo, este posible papel actual de un populismo, o de concepciones y técnicas populistas, como correctivo de las organizaciones establecidas, demasiado grandes, correspondería mucho más a las funciones que los populismos han tenido y siguen teniendo en el Primer Mundo que a los modelos del Tercer Mundo.

Sería interesante seguir estudiando el tema, no sólo con relación a México, sino a todos los otros populismos latinoamericanos.